

Conducir

Ángel Burgas

Mi padre me recoge en coche. Le espero a la entrada del insti con Ramón, Álex y el Chino. Me preguntan por qué no me quedo, pues a las siete se van a encontrar en Área con las chicas del domingo, pero mi padre me dice que no, que esta vez vienes con nosotros, que hay más días que longanizas para salir con los colegas, Oscar; mamá quiere que lo celebremos juntos.

Papá conduce un Opel Vectra. Se detiene delante de nosotros, yo me despido y subo, hola papá, y enseguida saco el discman del bolsillo del anorak, lo abro, saco el CD y lo pongo en el CD del coche de mi padre. Él hace ver que se queja y refunfuña, siempre igual, Oscar nada más subir y ya pones tu música estridente de *teenager*; pero yo paso, y él también. Me pregunta por las clases. Bien. Por los amigos. Bien. Por los exámenes. Bien, también. Guai, dice, y yo me río, y él ríe, y me pregunta si los amigos tenían plan para hoy y le digo que sí, por supuesto que tenían, y del bueno; yo podía haber subido mañana en tren o en autobús, papá. Ya has oído a mamá, Oscar. Y hoy es su cumpleaños. Se han de cumplir los deseos de aquel que cumple años. ¡Esto lo hacíamos de pequeños!, me quejo. Pues ahora también, dice, zanjando el tema. Y sube el volumen y abre la ventana, y saca el brazo y hace la broma del anuncio ¿Te gusta conducir?, y nos reímos los dos.

Mamá me ha preparado la bolsa sin preguntarme qué ropa quería llevar, pero da igual. En el pueblo no me ando con miramientos. Te he puesto una muda de vestir, dice ella. Ésta noche papá nos invita a cenar.

Salimos por la ronda. Hay un embotellamiento, como siempre. Llegábamos mejor cuando cogíamos el tren, opina mi madre. Mi padre no dice nada, sube la música, y Laura dice que prefiere el coche. Yo también. Era un palo ir al pueblo en tren, cargados, corriendo a la estación para no perderlo. Mi padre no quería conducir. Todos los padres conducían menos el mío. Y mi madre no tiene carnet. ¡Vaya par! Laura insiste en cambiar el CD y yo le digo que ni hablar, y mi ma-

gresa, mi padre pregunta a Laura si se encuentra bien, y mamá dice que sí, que mascaré un chicle y que no nos entretengamos más, que tenemos mesa reservada. El Opel Vectra es amplio y corre bastante. Antes me gustaba mirar el paisaje a través de la ventana, cuando íbamos en tren, quiero decir, pero ahora no; ahora me aburre. Intento leer, pero a la segunda vez que mi madre me dice que lo deje, que me marearé, le hago caso, porque me bailan las letras. Laura juega con una Barbie negra: le cambia el vestido y la peina con un cepillo minúsculo.

Cuando llegamos a casa, mamá enciende la calefacción y nos manda cambiarnos de ropa. Esta habitación tiene sólo una función, la de dormir; no es un mundo. Por la noche me da la sensación de que estoy en un hotel o en una estación de paso.

Vamos en coche hasta al restaurante, que está en el pueblo de al lado. A mamá le tocaba el turno de música, y corremos los pocos kilómetros con la voz de Serrat. A veces pienso que tiene canciones chulas. Otras veces, no.

En los postres, uno de los camareros trae un pastel con la velas encendidas, y la gente de las mesas de al lado sonríe, y alguno bate palmas, y papá obliga a Laura a cantar «Cumpleaños feliz», y mamá recibe un beso en los labios de papá, y un regalo y, entonces Laura también saca un regalo y yo no tengo ninguno. Mamá está contenta, y bebe copas de cava y fuma más de la cuenta, porque es su cumpleaños y estamos en el pueblo, celebrándolo. Pienso en el Chino,

yo intento ver la carretera a través del parabrisas, estirando el cuello. Papá para el coche en la cuneta y apaga el CD.

—¿Lo he tocado?

—Me parece que sí —dice mamá.

—¿Qué era? ¿Un animal? —pregunto.

—Sí, claro —chilla mi padre— ¿Qué coño querías que fuera?

Laura permanece en silencio abrazada a la Barbie negra y no sale del coche. Nosotros tres sí que bajamos. Primero, papá, y a continuación mi madre y yo. En medio de la carretera, encima de la línea continua blanca, está el cuerpo de un animal que aún respira.

—Es un cordero.

Nos acercamos, y mamá se pone en cuclillas a su lado. «Aún le late el corazón», murmura.

—Apartémoslo del medio de la carretera, Marcel —le dice a mi padre.

Papá resopla. Se pasa la mano por el cabello, y pone los brazos en jarras y, a continuación, se frota las manos, y enseguida vuelve a pasarse la mano por el cabello y lo deja bien despeinado.

—No pasa nada, Marcel. Es un cordero.

No me asusta la visión de esa pobre bestia agonizando, sino la debilidad de mi padre, la manera en que pierde la serenidad y tiembla.

—Ayúdame, Óscar —me dice mamá—. Tiremos de la patas hasta llevarlo a la cuneta.

A mí también me da reparo tocar aquella piel caliente, aquella pata rígida que de vez

buscar a papá. «Vamos, Marcel», le dice, y lo coge del brazo y lo empuja con suavidad hacia nosotros, hacia el cordero, hacia el Vectra, lejos de la línea continua blanca que ahora queda interrumpida por un charco donde se refleja la luna. Papá deja que mamá lo acomode en el asiento del coche, con las piernas fuera. Mamá coge su bolso y busca un cigarrillo, lo enciende y lo pone en los labios de papá.

—Ya ha pasado, Marcel. Sólo era un cordero. No debes preocuparte. Hoy es mi cumpleaños.

Laura se ha quedado dormida como un tronco. Mamá y yo hemos caminado un rato por el arcén a oscuras, sin alejarnos demasiado del coche, que tiene los intermitentes de seguridad parpadeando continuamente. Le pregunto qué hora es, y ella consulta el reloj y me dice que las tres y media, que no me preocupe, que a papá se le pasará enseguida.

—Tendría que haberme sacado el carnet, Óscar. Cuando tocaba, quiero decir. Ahora no nos encontraríamos en esta situación.

—Se ha asustado, pobre.

Mamá suspira, me pasa el brazo por la espalda y me invita a sentarme sobre un tronco de árbol cortado.

—Mató a un niño. Hace tiempo, cuando tú sólo tenías año y medio. Lo atropelló sin querer, claro, pero lo mató. Le quitaron el carnet y perdió la confianza en sí mismo. Ha costado mucho que volviera a conducir un coche.

Me quedo estupefacto, sin saber qué decir. Como si oyera la historia de alguien que no es mi padre.

—¿Por qué no nos lo ha contado nunca?

—Precisamente porque erais niños. Yo misma me pregunto cómo un padre puede explicar a un hijo que ha matado a un niño como él, de su edad. Un inocente.

—Pero fue involuntario...

—Pero lo mató. Ahora ya eres mayor para entenderlo. Cuando se encuentre mejor, no le digas que te lo he contado. Me prometió hacerlo él cuando llegue el momento.

Volvemos al coche. Papá se ha relajado y fuma, con la cabeza gacha, ap...